



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El Pacífico en la utopía del Nuevo Mundo

Autor: Aínsa, Fernando

Forma sugerida de citar: Aínsa, F. (1995). El Pacífico en la utopía del Nuevo Mundo. *Cuadernos Americanos*, 6(54), 142-150.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 54, (noviembre-diciembre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin Derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL PACÍFICO EN LA UTOPIA DEL NUEVO MUNDO

Por *Fernando AINSA*  
UNESCO

*A Juan Gil, que me invitó a descubrir el Pacífico*

LA ÚNICA CERTIDUMBRE que tiene Cristóbal Colón en el viaje que emprende desde el puerto de Palos en 1492 es la meta que busca: las tierras legendarias de Catay y Cipango situadas en el extremo oriental del continente asiático, a las que pretende llegar navegando en la dirección del sol poniente. Tanta es su fe en el destino final de su empresa que el hecho de que un Nuevo Mundo se interponga en el trayecto le impide percibir la verdadera dimensión del “encuentro” que ha realizado. Colón apenas “ve” la tierra americana que pisa el 12 de octubre de 1492, tan cegado está por la meta “asiatista” de su empresa: acceder por el oeste a una parte del globo ya explorada desde el este por vía terrestre y marítima. Por ello, dejando atrás la realidad que va descubriendo, Colón se proyecta ansiosamente en un desconocido “adelante”. Lo único que busca es el “pasaje”, la manera de contornear el inesperado “obstáculo” con que ha “tropezado”,<sup>1</sup> el modo de llegar al único fin que le importa: las fascinantes tierras del lejano oriente descritas por Marco Polo. Su diario de viaje, las cartas y “relaciones” que escribe no hacen sino reflejar esa decepción e insistir en que su meta es la riqueza que lo espera en Cipango<sup>2</sup> y en las tierras del Gran Kan situadas “en el extremo de oriente, en el fin de Catayo”.

<sup>1</sup> Leopoldo Zea habla metafóricamente, pero gráficamente, del “gigantesco tropezón” que significó el encuentro de América en el diseño de Colón, “¿Qué hacer con quinientos años?”, *Cuadernos Americanos*, 11 (1988), p. 127.

<sup>2</sup> *Cipangu* proviene del chino “Je-Pên-Kuo” que quiere decir “tierra del sol naciente” o “país del sol naciente” recuerda Jorge Klor de Alva en “Imagen del Japón en los primeros misioneros”, *Cuadernos Americanos*, 36 (1992), pp. 31-45. En esa oportunidad afirmó que Cipango, apenas descubierta América, se transforma en un modelo para el Oeste y en símbolo de prosperidad. “Los futuros

En esas tierras de confín se confunden no sólo las imágenes de opulencia recogidas por el veneciano en el *Libro de las Maravillas* sino también se localizan Ofir y Tarsis, las ciudades legendarias descritas en la Biblia y de donde provendrían los “reyes magos” Gaspar, Melchor y Baltasar que adoraron a Cristo en el portal de Belén. En esa misma dirección del oriente se encuentran las buscadas minas del rey Salomón y se puede volver a España atravesando la India, Etiopía y Jerusalén. Pero, por sobre todas las cosas, esas tierras lejanas son las de la codiciada Especiería y la fina seda, cuyas rutas terrestres se habían interrumpido en 1453 con la conquista de Constantinopla por los turcos. Colón, desde América, sigue proyectándose en el oriente de los reinos y los seres extraordinarios que habían desencadenado “la fiebre de la *imago*” de que habla José Lezama Lima, esa “fiebre que recorrió la Europa prerrenacentista, la imaginación de Kublai Kan, desatada por los viajes de Marco Polo”.<sup>3</sup>

### *La búsqueda del estrecho pasaje hacia las Indias*

SIN embargo, lo asombroso no es que Colón haya muerto con la insatisfacción de no haber llegado a su objetivo, aunque sospeche a partir de 1498 que está frente a un nuevo mundo, sino que sus descendientes y sucesores en la empresa de la conquista sigan buscando la misma meta asiática, pese a la certeza de que América es “la cuarta región del mundo”, objeto de tantas especulaciones desde la Antigüedad. Si Hernando Colón, consciente del descubrimiento de su padre, sigue situando el mítico reino de Tarsis en el fin de Catay, lo que más sorprende es que Hernán Cortés proyecte, apenas un año después de la conquista de México-Tenochtitlan en 1522, establecer la ruta del Mar del Sur, para proseguir el viaje inconcluso de Colón.

detractores y las frecuentes acusaciones de ‘adición’ a la sodomía, de extendida idolatría, de irreflexiva crueldad de que fue objeto Cipango, nunca pudieron sacudir los cimientos de aquellas primeras impresiones, ni siquiera cuando la sangre de los mártires comenzó a derramarse en 1597”.

<sup>3</sup> José Lezama Lima señala con poética agudeza que: “Después que la imagen sirvió de compulsión a las más frenéticas o cuidadas expediciones por la *terra incognita*, por la incunnábula, tenía que remansarse. Tanto Colón como Marco Polo sufrieron prisión después de sus descubrimientos y aventuras, como si fuera necesario un sosiego impuesto después de la fiebre de la *imago*”, *La expresión americana*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969, p. 27.

La vastedad y riqueza del imperio azteca no distrae al perspicaz estratega que es Cortés, sino que parece darle secretas razones para proseguir en ese empeño. Reconocimiento del golfo de México, exploración de la baja California, cartas de relación dirigidas al rey, construcción de navíos en la costa del Pacífico para adentrarse en el área, todo hace de Cortés uno de los precursores de la noción de globalidad que estaban forjando sin saberlo navegantes y conquistadores. ¿No escribe acaso al rey de España que “estaba muy ufano” porque en el descubrir le hace a su majestad “muy grande y señalado servicio”, ya que “por esas partes del Mar del Sur, se había de descubrir y hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería y se había de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables”?<sup>4</sup>

De ahí la comprensible alegría que había tenido Vasco Núñez de Balboa en 1513 cuando, tras la penosa exploración de la selva del istmo de la llamada “Castilla de Oro” (lo que es hoy la provincia de Veragua en Panamá), descubrió el “Mar del Sur”, ese vasto océano que se bautizaría con solemnidad Pacífico. Con ese descubrimiento de “la otra orilla” del Nuevo Mundo se redondeaba una imagen hasta ese momento confundida por la inesperada presencia del “obstáculo” americano. Como señala Juan Gil:

Quando Vasco Núñez de Balboa dio vista a la Mar del Sur, no sólo se abrió por fin para la Corona española la posibilidad efectiva de llegar a Cipango y a la Especiería descrita por Marco Polo, sino que al mismo tiempo volvieron a proyectarse sobre esta meta, real y ya no imaginaria, los ensueños que el fructífero error de Colón había desencajado de su sitio y trasladado al Atlántico.<sup>5</sup>

La nueva proyección que integra un “mar” al occidente del continente americano, ratifica al mismo tiempo el principio clásico, sostenido por Estrabón y los geógrafos Eratóstenes y Posidonio, de que todos los continentes son islas. Bartolomé Díaz, al traspasar el Cabo de Buena Esperanza en el sur de África, lo había demostrado en la ruta marítima hacia las Indias emprendida en la dirección del

<sup>4</sup> Hernán Cortés, “Tercera carta de relación de 15 de mayo de 1522”, citada por Miguel León-Portilla en su estudio sobre *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Madrid, ICI, 1986, p. 31.

<sup>5</sup> Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento, 2. El Pacífico*, Madrid, Alianza, 1989, p. 11. Esta obra de tan amena lectura como apasionante erudición ha sido fundamental para la concepción y desarrollo de este trabajo. De ahí la dedicatoria del epígrafe inicial.

sol naciente, la que sería “la ruta de las especias” de los navegantes portugueses.

Siguiendo el mismo razonamiento y habiendo descubierto la costa americana del Pacífico, los españoles buscarían a lo largo de la costa atlántica hacia el sur la vía marítima, el “estrecho”, el “pasaje” que debería permitirles llegar a las Indias por el oeste. Había precedentes en la empresa. Pedro Álvarez Cabral en 1500, navegando hacia la India por la vía del África, se desvió de su ruta y abordó las costas del Brasil. Américo Vespucio, en contacto con Cabral, había explorado en 1501 y 1502 los litorales sudamericanos. En 1503, Juan de Solís llegó hasta los 42 grados de latitud sur y sus informes hablaron de la existencia de una gran masa de tierra prolongada hacia el mediodía.

En esa misma dirección del sur se dirige Sebastián Caboto, cuyas capitulaciones de navegación de 1526 anuncian que van “para las islas de Tarsis y Ofir, Cipango y Catay oriental”, y cuyo naufragio en las orillas del Río de la Plata permitiría el surgimiento de otros mitos áureos en tierras americanas australes, como el de la Sierra de Plata y de Oro, el reino del Rey Blanco y el de la Ciudad de los Césares.<sup>6</sup> Ello no le impide proponer al rey de España en 1532 una nueva empresa para el “descubrimiento de Tarsis e Ofir y el Catayo Oriental, Cipango... y la Grand Tartaria”.<sup>7</sup>

En el origen, la lógica geográfica había sido la misma para los dos reinos peninsulares. Dirigirse a una idéntica meta, aunque por distintos caminos. No otra cosa sostiene Magallanes ante la corte del rey Carlos I. Se trata de traspasar el límite austral de las nuevas tierras descubiertas para alcanzar “islas y tierras firmes e ricas espeçerías e otras cosas de que seremos muy servidos y estos reinos muy aprovechados”. Por su parte Juan Sebastián Elcano, al proseguir su empresa, no tiene otra intención que buscar Cipango navegando hacia el oeste, rumbo por el cual se había llegado a “la tierra firma de la Nueva España” y sostiene haber visto con sus propios ojos la “isla de oro” que no sería otra que la fabulosa Cipango de los relatos de Marco Polo o la “ilha d’ouro” de la que ya hablaban

<sup>6</sup> En Fernando Ainsa, *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares*, Madrid, Alianza Universidad, 1992, estudiamos en detalle estos mitos. Véase también *De la Edad del Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano*, México, FCE, 1992.

<sup>7</sup> Citado por Juan Gil, *op. cit.*, p. 39.

los navegantes portugueses. Las noticias del lejano oriente, brindadas por los escuálidos supervivientes de la primera navegación alrededor del mundo, ratifican que esas islas eran tanto las buscadas de la Especiería como tierras donde vivían seres de cultura y civilización superior.

No se tarda en situar en las islas recién descubiertas las míticas tierras de Ofir y Tarsis o la posible localización de las minas del rey Salomón (de ahí el nombre de islas Salomón). Se las llama "las islas de oro", porque según las leyendas de la época "dizen que ay mucho oro" en ellas, como se comprueba con el descubrimiento de minas y arenas de oro en la isla de Mazagua.

### *Un nuevo espacio para el imaginario utópico*

EL Pacífico se transforma así en el nuevo espacio de conquista donde se enfrentan los imperios español y portugués. Como en el Atlántico se había fijado la línea divisoria del tratado de Tordesillas, en el Pacífico deberá fijarse otra en 1529 a partir del ubicuo reino del Maluco. De ahí la importancia que tiene el hecho de que Magallanes, en su navegación al codiciado Maluco, descubra en 1521 el archipiélago que bautiza de San Lázaro, las que serán las islas Filipinas, y que Miguel López de Legazpi las conquiste para la corona española entre 1564 y 1570.

Pero sobre todo, el Pacífico pasa a ser un nuevo espacio para el despliegue del imaginario colectivo que tan próspero campo había encontrado en América. Por eso, cuando los ecos de la empresa de Magallanes y de Elcano llegan a la Nueva España, el inicial proyecto colombino se reactualiza. Una vez más, como había sucedido y seguiría sucediendo en la conquista de América, se mezclan en el Pacífico los signos de la espada y de la cruz, la vocación imperial de conquista con la de la propagación de la fe, la realidad empíricamente comprobada y la trasposición de mitos clásicos a nuevos escenarios. De la Edad de Oro a El Dorado, pasando por el Paraíso terrenal, todo lo que América fue capaz de albergar en su seno se repite en la dispersión geográfica del vasto océano.

La tentación del Pacífico invita en 1531 a fray Martín de Valencia a encontrar "personas viriles" deseosas de recibir el Evangelio, a fray Domingo de Betanzos en 1554 a proyectar alcanzar Jerusalén por el Occidente, a Cosme de Torres, franciscano que va a Nueva España en 1538 a enseñar latín a los frailes y a los hijos de la nobleza

local en el Colegio de Santa Cruz de Santiago de Tlatelolco inaugurado en 1536, a zarpar al lejano oriente en 1542 para proseguir su misión. Si el ejemplo de Francisco Xavier que había llegado finalmente a Cipango por el este no es ajeno a este entusiasmo, creencias religiosas profundas dinamizan este ímpetu que la propia novedad americana no había hecho sino estimular. En el Pacífico se busca la isla de los Reyes (la isla de los Reyes Magos) y la "isla y tierra de promisión de los santos", una isla como la de San Brandán, vagamente localizada en el Atlántico durante la Edad Media, o como esas "ínsulas extrañas" cantadas por la poesía de Juan de la Cruz o buscadas como en una vasta alegoría por Cervantes en *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (1617).

Incluso, cuando, en 1768, Bougainville explora los mares del sur, el botánico Commerson que lo acompaña compara con entusiasmo la isla de Tahití con la de la Utopía de Tomás Moro. El puerto con forma de media luna creciente, las barreras de arrecifes que lo protegen y aíslan, todo lo lleva a identificar ese paraíso natural con la construcción racional del famoso Canciller.

Sin embargo, las tierras legendarias donde debían supervivir tantos mitos tan tenazmente buscados en el periodo del descubrimiento y la conquista del Pacífico, no se encuentran. La verdadera utopía que se va forjando sin saberlo será otra: la de la apasionante "globalización" del mundo, inaugurada a partir del momento en que un nuevo despliegue de comunicaciones ha puesto en contacto culturas y pueblos que se habían ignorado hasta ese momento en la más vasta y dispersa región del mundo.

En efecto, una vez descubierta la difícil ruta del "tornaviaje" que permitía volver desde las Filipinas a la Nueva España con vientos favorables, se regularizan los contactos a través del océano Pacífico. Entre 1671 y 1811 la "nao de Acapulco", llamada también la "nao de la China" y "the Manila galleon", cruza las dieciocho mil millas de distancia que separan Acapulco de Manila en viajes que duran cinco meses a la ida y dos o tres a la vuelta, trayendo y llevando mercaderías y refinados productos, ideas y hombres, a una y otra orilla del vasto océano. Las naos cargan oro, perlas, rubíes y zafiros de Siam, marfiles tallados, lacas, sedas de la China, ámbar, maderas de sándalo, arcas de alcanfor, armaduras de *samurai* japonés, tafetanes transparentes, figuras de jade, porcelanas de Ming, almizcle, canela, clavo, pimienta, curry, esa "ardiente especiería" a la que cantó el poeta portugués Camões.



Por su parte, Japón, el Cipango que fuera meta de los viajes del gran almirante y al cual en realidad no había llegado nunca Marco Polo,<sup>8</sup> es abordado a partir del Índico por los portugueses establecidos en Malaca desde 1511. Un grupo llega en un junco chino a la isla de Tanegashima al sur de la isla de Kyushu en 1543 y poco después, en 1546, un barco portugués atraca en el puerto de Yamakawa de Kagoshima, para desarrollar, a partir de ese momento, los intercambios en el área, especialmente entre China y las Filipinas y entre aquella y Japón.

Habiendo perdido el carácter mítico que otras tierras legendarias de Asia conservarían durante siglos, Japón recibió con naturalidad los "namban mono" (las cosas de los bárbaros del sur), y acogió a los franciscanos en 1584, como había hecho anteriormente con los jesuitas que acompañaron a Francisco Xavier y estableció un convenio de comercio y amistad con Filipinas, convirtiendo el puerto de Nagasaki en el punto en que acostarían los galeones de Manila. En un astillero del Japón se llega a construir el galeón en que el gobernador interino de Manila, Rodrigo de Vivero, viajó a Nueva España con veintidós comerciantes de Sakai. Progresivas misiones como la de Hasekura en 1613 inauguraron un itinerario que iría de Japón a Roma, pasando por Acapulco, México, Veracruz, Sevilla, Madrid y Barcelona.<sup>9</sup>

El nuevo polo hispánico de España en Asia, Manila, queda enlazado a partir de 1570 directamente o a través de China con Japón, Borneo, Java, las islas de las especias, la India, Ceilán, Siam, Camboya, Cochinchina, Malasia, y desde allí canaliza el flujo de las mercaderías orientales hacia América, de donde la Nueva España las envía a Europa y al resto de Hispanoamérica. Los chinos abastecen de productos japoneses, como laca y porcelana, a los españoles y

<sup>8</sup> Es interesante anotar que Marco Polo no estuvo en Cipango y que sólo habla por referencias. Pese a ello, Colón cifra su objetivo en el desconocido Cipango y anota con cuidado la versión de *Il milione* de Rodrigo de Santaella que lee probablemente sólo después de 1492, según fundamenta Juan Gil en la introducción a la edición de *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, Madrid, Alianza, 1988.

<sup>9</sup> Eichiki Hayashiya en "El Japón en la época de los descubrimientos", *Cuadernos Americanos*, 36 (1992), pp. 20-30, da detalles sobre las sucesivas misiones de los japoneses en Europa y el Nuevo Mundo, especialmente sobre la citada de Hasekura y la misión Tensho formada por cuatro jóvenes nobles japoneses escogidos entre los parientes de los señores feudales católicos Arima, Omuro y Otomo, que parten en febrero de 1582 para un viaje que dura siete años y medio.

chinos establecidos en Manila.<sup>10</sup> Se integra así un comercio transcontinental que liga Asia y Europa a través de América. Un comercio legal dificultado por la complejidad de las Leyes de Indias y facilitado por el contrabando entre Manila y Acapulco que rápidamente se establece y que luego se extiende al Callao, en Perú, al punto de que llega a sobrepasarlo. En esos barcos, muchas veces tripulados por chinos, llegan desde fines del siglo XVI los primeros inmigrantes asiáticos al Nuevo Mundo. Carlos de Sigüenza y Góngora hablará en *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) de los ‘sangleyes’, tripulantes del Galeón de Manila radicados en Yucatán.

El paso constante de estos productos y de estos hombres, muchos de ellos artesanos con oficio, dejarían sus huellas en la América española, en donde la arquitectura, la artesanía, la decoración recogió las trazas orientales que aún se descubren en las cerámicas mexicanas, en los rasgos de imágenes talladas, en las iglesias virreinales adornadas con elefantes y flores de loto en piedra. América, que había recibido el arte hispanoárabe por el Atlántico, recibe el del Oriente por el Pacífico. Allí se va forjando el territorio de una nueva utopía.

Por algo la primera utopía escenificada en el Pacífico, *La Nueva Atlántida* (1624) de Francis Bacon, no es una utopía autárquica, aislada y cerrada al modo de las clásicas utopías renacentistas, sino una utopía abierta al intercambio, al hospitalario contacto con el ‘otro’ (en la isla se levanta una comfortable ‘casa de los extranjeros’), a la investigación y al saber en la ‘Sociedad de la Casa de Salomón’ que es el ‘verdadero ojo de ese reino’. Una isla utópica en la que se habla castellano y que hallan por azar en ‘el más grande desierto de agua del mundo’ los navegantes que se han dado a la vela desde ‘el Perú rumbo a la China y al Japón por el Mar del Sur’. Allí se levanta una estatua de ‘vuestro Colón que descubrió las Indias Occidentales’, junto a la del inventor de la música, a la del inventor de las letras, de la imprenta, del ‘pan y del trigo’

<sup>10</sup> Eugenio Chang Rodríguez señala en *La presencia oriental en Latinoamérica: el ejemplo de China* que, gracias a las relaciones sino-filipinas que se oficializan en 1579, residían en Manila en 1602 veinte mil chinos, llamados ‘sangleyes’ (derivado del chino, ‘shan-lu’, comerciante, viajero). Es a través de Manila que los chinos llegan al Nuevo Mundo abriendo las vías de la emigración, por no decir el ‘tráfico’, ulterior, especialmente en Cuba, Perú y Panamá. A este respecto, se puede consultar la obra colectiva *Europa, Asia y África en América Latina y el Caribe*, México, Siglo XXI-UNESCO, 1989.

y la de todos aquellos que han contribuido al progreso científico del mundo.

Pero, sobre todo, la isla de la Nueva Atlántida es una isla donde rige un sabio precepto digno de citarse como fin de este breve ensayo: hay que preservar lo bueno que proviene de la comunicación con el extranjero y evitar lo malo y desarrollar el comercio, ‘no del oro, ni de plata, ni de joyas o especies, ni de ninguna comodidad material’, sino para obtener ‘luz, luz del conocimiento de todas las partes del mundo’.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Lord Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1945, p. 171.